

Ovnis, científicos y extraterrestres

Manuel Borraz

Publicado originalmente en el libro:

Vida en el universo. Del mito a la ciencia
(VV.AA.; coordinador edición: Ricardo Campo)
Fundación Anomalía (Santander), Noviembre 2008

ÍNDICE

Índice	2
<i>Preámbulo</i>	3
En los comienzos	4
Sobre la materia prima	6
De la USAF a la CIA	9
Los platillos ganan protagonismo	12
El primer libro	14
Efervescentes años sesenta	16
Ciencia y opinión	21
Informe Condon	23
Treinta años después	25
La órbita del GEPAN	28
Hessdalen, laboratorio de los ovnis	34
Consideraciones generales	37
¿Fenómenos malditos?	40
Más inusual que un ovni...	43
Epílogo	46
Bibliografía	47

Ovnis, científicos y extraterrestres

Los científicos echan un vistazo

En nuestra civilización terrícola existe un colectivo al que se le atribuye la capacidad de explicar cómo funcionan las cosas que conocemos y de juzgar la verosimilitud de muchas de las que desconocemos. Reciben el nombre de científicos, pues exhiben con orgullo –y practican– su fe en el llamado método científico. Y no les falta razón para estar ufanos. Es la herramienta de conocimiento más poderosa de la que tenemos noticia.

En 1947 entraron en escena los “platillos volantes”. Los científicos norteamericanos fueron acercándose a los platillos tímidamente –a título personal– o de la mano de los militares –como asesores oficiales–.

Los militares americanos constataron que no eran suyos. Después acabaron convenciéndose de que tampoco eran de los otros, es decir, no provenían del otro lado del “Telón de Acero”. Si no eran suyos ni de los otros, quizá no eran nuestros. ¿Acaso venían de fuera? La idea era seductora y, aunque no fue la línea de pensamiento que acabó imponiéndose, siempre tuvo algunos adeptos en las altas esferas e incluso entre los científicos. Hoy, cuando hace ya tiempo que los discos voladores fueron rebautizados como OVNIs, aún hay científicos interesados por el problema con un ojo puesto en la “hipótesis extraterrestre”.

A esta peculiar, pero inevitable, conjunción de científicos, “platillos volantes” (OVNIs) y extraterrestres, está dedicado este ensayo.

En los comienzos

El 30 de diciembre de 1947, seis meses después de que los “platillos volantes” asaltaran por primera vez las páginas de los periódicos, las Fuerzas Aéreas norteamericanas ponían en marcha la primera investigación oficial: el “Proyecto Sign”, dedicado a la “evaluación de objetos volantes no identificados”. Su *staff* estaba constituido por miembros de la *Technical Intelligence Division* del *Air Material Command* (AMC) y una serie de asesores externos, entre los que se contaba el profesor J. Allen Hynek, astrónomo de la Universidad Estatal de Ohio y director del Observatorio de la misma. Se le encargó la revisión de los sucesos en busca de posibles explicaciones astronómicas. Volveremos a hablar de él.

Los responsables del “Proyecto Sign” dejaron escrito: “Todas las informaciones presentadas hasta ahora sobre la posible existencia de naves de otro planeta o de un avión impulsado por un tipo avanzado de energía atómica no han pasado de ser conjeturas”. Mientras concluían que no podía probarse la existencia de aviones no convencionales desconocidos a menos que se recuperaran restos materiales, admitían que tampoco podría probarse que no existieran, a menos que pudieran explicarse razonable y convincentemente todos y cada uno de los incidentes.

La posibilidad extraterrestre había sido considerada seriamente, como lo demuestra el hecho de que se encargara a la *Rand Corporation* un estudio especial sobre la cuestión. En el informe preliminar, de diciembre de 1948, el Dr. James E. Lipp, ingeniero aeronáutico, exploraba la probabilidad de que existieran civilizaciones extraterrestres en condiciones de visitarnos en “naves espaciales”. En su discusión, forzosamente especulativa, Lipp consideraba posible pero poco probable que existieran viajeros espaciales en nuestro sistema solar y prácticamente seguro que los hubiera en alguna estrella vecina, si se admitía toda una serie de suposiciones. Al detenerse después en los aspectos tecnológicos del viaje espacial, reconocía que “un viaje desde otro sistema estelar requiere unos progresos en la propulsión que no podemos siquiera concebir”. No obstante, al abordar las características probables de las naves espaciales partía de la base de que se tratara de cohetes, por ser “la única forma de propulsión que conocemos que funciona en el espacio exterior”.

Lipp terminaba concluyendo: “Aunque se creen posibles las visitas del espacio exterior, se consideran muy improbables. En particular, las actividades atribuidas a los ‘objetos volantes’ durante 1947 y 1948 parecen inconsistentes con los requerimientos de los viajes espaciales”. En este sentido, llamaba la atención sobre la concentración de las presuntas “visitas” en Estados Unidos, indicativa de un origen terrestre, y la “sorprendente” falta de propósito aparente en los diversos episodios.

Entre los asesores científicos del “Proyecto Sign” se encontraba el profesor George E. Valley, un físico del *Massachusetts Institute of Technology*, que redactó algunas consideraciones sobre los informes de “objetos volantes no identificados”. Al enumerar sus posibles causas, junto a los apartados de fenómenos terrestres naturales y artificiales, introducía otro de “objetos extraterrestres” donde hacía referencia a meteoros, animales (“aunque los objetos descritos se comportan más como animales que otra cosa, hay pocos informes fidedignos sobre animales extraterrestres”) y naves espaciales. Según Valley, en el supuesto de que se tratara de naves de una civilización extraterrestre, mucho más avanzada que la nuestra, era muy probable que sus miembros hubieran observado las explosiones de nuestras bombas atómicas y, por tanto, cabría esperar alguna correlación temporal entre las explosiones y las visitas de las naves, con el inevitable retraso que impondría el viaje.

Inicialmente, la opinión mayoritaria en el seno del “Proyecto Sign” habría sido que los informes más fiables e inexplicables debían describir alguna avanzada aeronave soviética, posiblemente desarrollada en la posguerra a partir de algún prototipo alemán. No obstante, se dice que a finales de 1948 se redactó un documento secreto (*Estimate of the Situation*) en el que se sugería que la hipótesis extraterrestre era la mejor explicación que podía avanzarse. Se dice asimismo que la conclusión suscitó el rechazo frontal del Jefe del *staff*, el general de la USAF Hoyt S. Vandenburg, ordenándose la destrucción de todas las copias del documento. Ciertamente, las Fuerzas Aéreas siempre negaron que dicho documento hubiera existido. El informe final del “Proyecto Sign” se mostraba escéptico sobre posibles visitantes del espacio exterior, remitiendo a las consideraciones del Dr. Lipp, antes citado.

Sobre la materia prima

No sólo se estaban viendo discos. Los investigadores del “Proyecto Sign” agruparon los objetos observados en cuatro apartados según su forma: “platillos volantes”, “torpedos” o cigarros, objetos esféricos y bolas de luz.

Antes de continuar, no estaría de más echar un vistazo a la materia prima, es decir, a algunos de los casos más famosos del bienio inaugural (1947-1948), con la perspectiva que da el tiempo. No hay que ir más lejos para encontrar ejemplos de los problemas centrales: la incierta fiabilidad de la información y la contingencia de las identificaciones. También nos servirán para mostrar algunos de los principales señuelos de la tentación extraterrestre.

- La observación diurna de Kenneth Arnold de una formación de objetos en las cercanías del Monte Rainier (Washington), el 24 de junio de 1947, pasa por ser el incidente que desató la fiebre de los “platillos volantes”. Curiosamente, la expresión “platillo volante” se convirtió en una descripción de forma por obra y gracia de la prensa: los objetos observados por Arnold desde su avioneta no tenían exactamente forma de plato o disco.

Más de medio siglo después, aún no se ha propuesto una identificación plenamente satisfactoria de aquellos objetos que, a simple vista, debían parecer verdaderas “pulgas” voladoras (Arnold los situaba a unos 40 Km de distancia...). Como sucedería después en tantas ocasiones, todo reposaba en el testimonio de un único observador. Cabe preguntarse si no reside ahí el problema. A veces se ha sugerido que Arnold habría estimado erróneamente la ubicación y la velocidad de los objetos.

La acumulación de dispares propuestas de explicación, aunque ninguna totalmente satisfactoria, ha llevado a algunos a dar el caso por explicado, lo cual no es rigurosamente cierto. Por otro lado, la no disponibilidad de una explicación convencional definitiva no autoriza a deducir que no la tuviera, como han hecho otros, considerando el caso como un perfecto exponente de la presencia de naves extraterrestres.

- El oscuro incidente de la isla de Maury (Washington) involucró a dos “guardas costeros” de pega que declararon haber observado varios OVNI en

forma de rosquilla, supuestamente en la tarde del 21 de junio de 1947, antes de la observación de Arnold. De uno de los dos objetos se habrían desprendido fragmentos metálicos. Radiointerferencias y una película velada eran otros de los ingredientes de un caso que resultó ser fraudulento, según puso en evidencia la investigación de las Fuerzas Aéreas.

Si lo mencionamos aquí es para recordar que, sin ser uno de los ingredientes principales, los fraudes han estado presentes en esta historia desde el principio. ¿Cuántos de ellos pasarían luego a engrosar las listas de casos “serios”? Buena parte de los científicos están acostumbrados a aceptar y manejar los datos que proporciona una Naturaleza que no miente. Aquellos científicos que han mostrado interés por el tema de los OVNI, ¿estaban bien preparados para discernir lo que podía haber de real y de imaginario en la casuística?

Señalemos también que si los fraudes han teñido de algún modo la casuística lo habrán hecho con los colores de la paleta extraterrestre, la interpretación predominante a lo largo de las décadas.

- El capitán Thomas Mantell se hizo tristemente célebre al perecer en el intento de dar alcance a un OVNI que también estaba siendo observado desde tierra, desde una extensa área de Kentucky, en la tarde del 7 de enero de 1948. En un principio, Allen Hynek sugirió que se trató de Venus, pero lo descartó después. Posteriormente se llegó a la conclusión de que Mantell había intentado interceptar uno de los enormes globos *Skyhook* lanzados en aquel entonces por la Marina con gran secretismo, algo que las propias Fuerzas Aéreas ignoraban por aquellos días.

Desde entonces, son incontables las experiencias militares y científicas de todo tipo –aerostáticas, aeronáuticas, astronáuticas, balísticas...–, secretas o no, que han servido de estímulo en la percepción de “OVNI”. Estímulos artificiales, pero bien terrestres.

El caso de Mantell pone en evidencia parte de la problemática de las explicaciones. Aunque al principio ya se pensó en un globo, no había constancia de que hubiera ninguno en el área y, por otro lado, la envergadura del objeto descartaba que fuera un globo “convencional”. Con la información a

disposición de los expertos de las Fuerzas Aéreas, que por entonces desconocían la existencia de los *Skyhook*, el caso era irresoluble.

El capitán Mantell se estrelló, posiblemente, tras perder el conocimiento por falta de oxígeno mientras ascendía a una altura excesiva, según apuntó la investigación. Pero un suceso tan dramático no podía dejar de alimentar las sospechas de que fue derribado por “ellos” o que se acercó demasiado al “campo de fuerzas” de una de sus naves.

- Los pilotos Clarence S. Chiles y John B. Whitted protagonizaron una famosa observación desde un DC-3 de la compañía *Eastern Airlines*, mientras sobrevolaban Montgomery (Alabama), en la madrugada del 24 de julio de 1948. Tuvieron que virar a un lado para eludir un objeto en forma de cigarro u obús con dos hileras de “ventanas” iluminadas que expelía una llamarada rojo-anaranjada por su parte posterior y parecía acercarse al avión a toda velocidad.

Allen Hynek sugirió que los pilotos habían observado un meteoro. Desde entonces, diversas observaciones análogas le han venido dando la razón, en su mayoría relacionadas con reentradas de chatarra espacial, capaces de generar espectaculares “meteoros”. Episodios como éstos ponen en cuestión la fiabilidad de las descripciones aportadas por los testigos, por más sinceros que sean. Si en distintas épocas y en distintos lugares encontramos observadores casuales que aciertan a describir el mismo tipo de enorme cohete con ventanillas en vuelo silencioso, es comprensible que un investigador se sienta inclinado a aceptar la existencia de una aeronave de esas características. Y sin embargo, lo único en común sería el proceso que habría llevado a los observadores a percibir un contorno con “ventanillas” interiores a partir de una hilera de fragmentos meteóricos luminosos.

En este ejemplo, es la apariencia artificial del fenómeno la que evoca la presencia extraterrestre, descartadas otras posibilidades.

- El teniente George F. Gorman, a los mandos de un F-51, se enzarzó en un peculiar “combate” aéreo con un objeto luminoso circular de reducidas dimensiones en la noche del 1 de octubre de 1948, en los alrededores de Fargo (Dakota del Norte).

Posteriormente, los militares consideraron que el objeto que intentó perseguir Gorman fue en realidad un globo sonda iluminado. Algunos de los detalles del relato no encajan en dicho escenario, pero lo cierto es que se acababa de lanzar un globo de estas características en la zona y los demás testigos del incidente observaron el objeto pero, sorprendentemente, no vieron que realizara las maniobras descritas por Gorman. Por otro lado, los militares tuvieron constancia de episodios completamente análogos para los que pudo probarse el mismo tipo de explicación.

Si, como acabamos de ver, el caso Chiles-Whitted ponía de manifiesto el problema de la fiabilidad de las descripciones de los fenómenos, aquí nos topamos con otro aspecto de la posible subjetividad de los informes: los eventuales errores en la percepción de movimientos absolutos basada en los movimientos relativos observados (*¿ese objeto se me ha echado encima o mi avión lo ha embestido?*). Otro capítulo de casos emparentados lo constituyen los episodios de vehículos “acompañados”, e incluso “perseguidos”, por OVNIls que a menudo han podido ser identificados como algún inocente astro brillante (*“papá, la Luna nos sigue”*).

En este caso, no es la apariencia del fenómeno sino su “comportamiento” el que evoca la presencia extraterrestre. Gorman quedó plenamente convencido de la existencia de una inteligencia detrás de las maniobras realizadas por el objeto.

De la USAF a la CIA

Pero reanudemos la historia que habíamos comenzado.

Después de un año de vida, en febrero de 1949, el “Proyecto Sign” fue rebautizado como “Proyecto Grudge”. La USAF proseguía la investigación. En esta ocasión se arrinconó totalmente la hipótesis extraterrestre de los visitantes y se contemplaron explicaciones en términos de fenómenos naturales o ilusiones. Por ejemplo, a juzgar por las apreciaciones del Dr. Hynek, alrededor de un 32% de los casos estudiados tenían una explicación “extraterrestre”, pero de otro tipo: se habrían observado cuerpos astronómicos. Globos meteorológicos, aviones y fraudes eran otras de las explicaciones barajadas. Algunos informes no eran suficientemente detallados como para poder ser

analizados. Otros fueron clasificados como no identificados, conformando un residuo del 23% de la muestra. No se descartaba que éstos tuvieran “explicaciones psicológicas”.

A finales de 1950, el equipo de investigación se había reducido a un oficial.

Las fuerzas aéreas norteamericanas abrieron un tercer –y último– capítulo del estudio en marzo de 1952, bajo la denominación de “Proyecto Blue Book”, poco después de que una serie de observaciones reavivaran su interés por el asunto. A lo largo de los 17 años que duró, el proyecto experimentó un progresivo recorte del personal asignado, lo cual a menudo repercutió en el rigor de las investigaciones.

Por el camino, en 1953, la CIA reunió por unos días a un equipo de cinco científicos de prestigio, de los que habían contribuido a la investigación militar en la última década. El motivo de preocupación no eran los extraterrestres sino los inconvenientes que podía plantear la desbordante afluencia de informes sobre OVNI a los canales militares de comunicación. Eran los tiempos de la Guerra Fría. Con tanto presunto OVNI, una auténtica incursión del enemigo podía llegar a pasar desapercibida.

La “Comisión Robertson”, como fue llamada, dedicó parte de su tiempo a estudiar algunos casos selectos, fotografías y filmaciones. Al frente se encontraba el matemático y cosmólogo Howard P. Robertson. El grupo lo completaban el astrónomo Thornton Page y los físicos Samuel A. Goudsmit (co-descubridor del spin del electrón), Luis Alvarez (que en 1968 sería galardonado con el premio Nobel de Física) y Lloyd Berkner (el inspirador del Año Geofísico Internacional [1957-1958]). Las reuniones contaron con la presencia, como miembro asociado, del Dr. J. Allen Hynek, que continuaba asesorando a las Fuerzas Aéreas. También asistió personal militar y de los servicios de inteligencia.

En las conclusiones del informe de enero de 1953 (que no fue desclasificado hasta 1966) señalaban que no había evidencia de que los fenómenos informados constituyeran una amenaza para la seguridad nacional. Asimismo añadían: “Creemos firmemente que no hay ningún residuo de casos que indique fenómenos atribuibles a artefactos extranjeros capaces de actos

hostiles y que no hay evidencia de que los fenómenos señalen la necesidad de revisar los conocimientos científicos actuales”.

La sombra de los extraterrestres estuvo presente en alguna de las reuniones. Aunque, a la luz de los conocimientos astronómicos, el Dr. Page consideraba muy improbable que existiera vida inteligente fuera de la Tierra, ninguno de los científicos del equipo descartaba la posibilidad de que, algún día, nos visitaran seres extraterrestres. Dewey J. Fournet, ingeniero aeronáutico y, hasta hacía poco, oficial de inteligencia técnica en el seno del “Proyecto Blue Book”, presentó algunos casos para los que, descartadas otras posibles explicaciones, sólo parecía quedar en pie la posibilidad extraterrestre. No obstante, los científicos manifestaron su desacuerdo sugiriendo que algunas de las observaciones aún admitían una explicación terrestre mientras que la brevedad de otras las hacía poco fiables.

Para acabar con el “aura de misterio” adquirido por el asunto y reducir los riesgos que preocupaban a los militares, recomendaban poner en marcha una campaña educativa de “*training and debunking*”, algo así como formación o adiestramiento y desenmascaramiento. Con el paso de los años, estos planes –que, prácticamente, no se materializaron– acabarían levantando ampollas entre los futuros aficionados al tema, convencidos de que se había pretendido desacreditarlo para ocultar la verdad de las visitas extraterrestres. Pero las razones de los expertos iban por otros caminos.

Por un lado, pretendían mejorar la formación del personal (operadores de radar incluidos) para que supiera reconocer mejor todo tipo de fenómenos – naturales y artificiales– y no viera OVNI donde no los había. Por otro lado, se proponía reducir el interés por el tema y la credulidad del público en general, con lo que se rebajaba su vulnerabilidad a posible propaganda hostil. El arma secreta: la exposición de casos reales que habían parecido misteriosos en un principio pero que se habían podido llegar a explicar. Cualquier medio podía servir (publicaciones, cine, televisión...).

Los miembros de la “Comisión Roberston” eran conscientes de que mantener un seguimiento y, eventualmente, explicar cada uno de los casos que se iban produciendo (sólo en 1952 se habían recibido casi dos millares de informes) requeriría un esfuerzo considerable que no parecía justificado. Siempre habría observaciones inexplicadas, por falta de datos, de las cuales

sólo algunas llegarían a ser resueltas, quizás al cabo de mucho tiempo y tras una ardua labor. Por consiguiente, consideraron que el propósito principal de la campaña pedagógica debía ser acabar con la extendida creencia de que todas y cada una de las observaciones, sin importar la parquedad de la información, debía ser explicada en detalle. Por otro lado, enfatizaban que para que la ciencia aceptara un nuevo fenómeno, éste debía documentarse antes completa y convincentemente. “El peso de la prueba recae en el observador, no en el explicador” —señalaban.

Los platillos ganan protagonismo

Durante los años cincuenta, los actores de esta historia se multiplicaron. Hubo observadores que se convirtieron en investigadores. Los platillos volaban más bajo y aterrizaban. No tardaron en aparecer los contactados, que eran mucho más que observadores... Menudearon los libros sobre el tema. Nacieron las primeras asociaciones de ciudadanos dedicadas a estudiarlo, generalmente desde una óptica claramente “pro-extraterrestre”.

Según un sondeo de opinión *Gallup*, en agosto de 1947 el 90 % de los norteamericanos ya había oído hablar de los “platillos”, que empezaban a ser noticia, pero la opinión mayoritaria (un tercio, aproximadamente de los encuestados, mientras otro tercio “no sabía/no contestaba”) era que debían ser fruto de la “imaginación, ilusiones ópticas, espejismos, etc.” No constaba cuántos se mostraban partidarios de un origen extraterrestre, pero desde luego no serían más del 9 % (porcentaje del epígrafe “otras explicaciones”). No obstante, la asociación de los platillos volantes con un origen extraterrestre se fue afianzando a nivel popular muy pronto, al publicarse artículos como el famoso “*Los platillos volantes son reales*” de enero de 1950, escrito por Donald E. Keyhoe —militar retirado y escritor *freelance*— para la revista *True*.

Desde un principio, el tema tendió a cubrirse de un manto de ridículo que no lo hacía atractivo como objeto de estudio para los hombres de ciencia. En 1947, algún astrónomo especulaba con efectos ópticos producidos en una atmósfera revuelta, surcada por aviones cada vez más veloces, algún psicólogo se preguntaba si no se trataría de ilusiones, otros hablaban de

histeria colectiva... pero no faltaban científicos que ironizaban directamente sobre el asunto en sus declaraciones a la prensa.

Por lo demás, a finales de los cuarenta, los científicos daban por sentado que todos los datos estaban en manos de los militares y que éstos ya se encargaban de investigarlos. Pero esto fue cambiando. En 1952, por ejemplo, científicos de la Ohio Northern University iniciaron una investigación independiente, si bien la dieron por terminada al año siguiente debido a la escasez de informes recibidos.

El 7 de abril del mismo año, la revista *Life* publicó un artículo titulado “¿Tenemos visitantes del espacio?”, que dedicaba algunos párrafos a citar el parecer del Dr. Walther Riedel sobre los famosos platillos: “Estoy completamente convencido de que proceden de fuera de la Tierra”. Sus argumentos eran cien por cien técnicos. Los materiales terrestres conocidos se fundirían a causa de la fricción debido a las elevadas velocidades observadas. Los platillos parecían estar pilotados y, sin embargo, una tripulación humana no resistiría sus aceleraciones. Los sistemas de propulsión conocidos darían lugar a llamas de escape o a estelas a gran altura, ausentes en la mayoría de las observaciones.

El Dr. Riedel, pionero astronáutico alemán, había sido uno de los padres de las tristemente célebres V-2. Como algunos de sus colegas, al finalizar la guerra fue trasladado a los Estados Unidos en el marco de la “Operación Paperclip”. Cuando fue entrevistado, Riedel era un miembro destacado del *Civilian Saucer Investigation* (CSI), uno de los primeros grupos “civiles” dedicados a estudiar los “platillos volantes”, al que estaban adheridos algunos ingenieros aeronáuticos. El CSI vio la luz a finales de 1951, en el área de Los Angeles, y moriría de éxito en 1954. Desde entonces, la escena internacional vería nacer, reproducirse y morir infinidad de asociaciones con objetivos similares, más o menos serias, con más o menos asociados, más o menos activas y prolíficas. Sin ir más lejos, en 1952 se creó un grupo homónimo en Nueva Zelanda, que resultaría algo más longevo.

En el mismo artículo, *Life* aportaba la opinión coincidente del Dr. Maurice A. Biot: “La explicación menos improbable es que estas cosas sean artificiales y estén controladas. (...) Desde hace algún tiempo, mi opinión es que tienen un origen extraterrestre”. Biot era un prestigioso matemático, físico e ingeniero

belga, naturalizado estadounidense, con un amplio espectro de intereses y competencias, incluyendo la aeronáutica. Desde un punto de vista aerodinámico –argumentaba–, la forma discoidal tiene poco sentido para una máquina que deba viajar en la atmósfera, pero ofrecería importantes ventajas en un viaje espacial.

Los aficionados al tema siempre han destacado las opiniones de uno de los más importantes pioneros de la Astronáutica, el Profesor Hermann Oberth. Por citar un ejemplo, en un artículo publicado en *The American Weekly* en octubre de 1954 señaló: “Mi tesis es que los platillos volantes son reales y son naves espaciales procedentes de otro sistema solar. Posiblemente estén pilotadas por observadores inteligentes, miembros de una raza que podría llevar siglos investigando nuestro planeta”.

Obviamente, no todos los expertos en astronáutica se manifestaron en el mismo sentido. En 1955, un colega de Riedel, el Dr. Walter Dornberger, quien fuera responsable militar del desarrollo de las V-2, declaró a la revista *Newsweek* que la mayor parte de los OVNI no eran más que violentos remolinos de aire cuyos átomos se tornaban inestables y emitían luz: “Nadie me convencerá de que se trata de visitantes del espacio, a menos que me traiga a uno de esos hombrecillos y lo siente en mi escritorio”. Su explicación tampoco pareció convencer a mucha gente.

El primer libro

En octubre de 1952, la *American Optical Society* patrocinó un simposio sobre los OVNI, al que fueron invitados los doctores J. Allen Hynek, Urner Liddel y Donald Menzel.

Para Liddel había un evidente trasfondo de histeria colectiva. En el simposio señaló que no conocía “ninguna” evidencia que condujera a la hipótesis extraterrestre. Si había informes inexplicados era por insuficiencia de datos. En febrero de 1951, Liddel, por entonces trabajando como físico nuclear para la Marina estadounidense, había declarado que todos los informes fiables de observaciones –es decir, los que no provenían de bromistas, chalados, observadores con problemas visuales, etc.– correspondían a globos *Skyhook*, que hasta hacía poco eran secretos. Cuando se celebró el simposio parece que

su abanico de explicaciones se había ampliado, pues se refirió a diversos fenómenos ópticos como responsables de algunas de las observaciones “auténticas”.

Hynek puso el acento en la existencia de casos inexplicados particularmente enigmáticos, señalando que existía la obligación de “demostrar explícitamente” cómo podían explicarse en términos de fenómenos conocidos. Por lo demás, lamentó el papel jugado por el ridículo y manifestó que había un problema de “relaciones públicas científicas”.

En un informe que remitió al “Proyecto Blue Book”, Hynek consideró que, tanto la ponencia de Liddel como la de Menzel eran irrelevantes, pues no conocían el tema lo suficiente.

Las tesis del astrónomo y astrofísico Donald Menzel ya eran conocidas por la opinión pública a raíz de la publicación de algunas entrevistas, donde se definió como el hombre “que mató a Santa Claus”. En efecto, posteriormente se consagraría como el científico “*debunker*” por excelencia, el desmitificador de la creencia en los OVNIs extraterrestres. Para Menzel, los espejismos y otros efectos ópticos (y radáricos) atmosféricos podían explicar todos los informes de observaciones que las Fuerzas Aéreas catalogaban como inexplicados. Esto se aplicaba a los recientes y controvertidos incidentes de julio de 1952, cuando fueron detectados por radar diversos blancos desconocidos y se observaron algunas luces no identificadas en el área de Washington D. C. (un caso convertido en “clásico”, a pesar de que nunca se ha podido demostrar que alguno de los famosos blancos tuviera confirmación visual).

Menzel había declarado a la revista *Look* que era muy improbable que los platillos fueran extraterrestres: si fueran naves espaciales, probablemente tendrían radio y, en ese caso, ya se habrían puesto en contacto con nosotros. “Si nos visitaran viajeros interplanetarios –planteaba– no andarían rondando por ahí como fantasmas; saldrían de sus naves y nos vendrían a ver. ¿No haríamos nosotros lo mismo en Venus?”. Nosotros sí, pero ¿y “ellos”?

En 1953, Menzel publicaría el primer libro sobre platillos volantes escrito por un científico americano: “*Platillos volantes*”. No era la respuesta de la ciencia, sino la opinión de un científico (nos detendremos luego en esta distinción). El libro constituía un contrapunto a la visión conspiracionista y pro-extraterrestre de Keyhoe, en un intento de aportar racionalidad. No obstante,

también es cierto que las explicaciones propuestas no eran siempre afortunadas (por ejemplo, sugería que Mantell pereció intentando interceptar un parhelio; en otros casos, abusaba de la explicación de los espejismos debidos a inversiones de temperatura).

Menzel también evocaba el carácter de psicosis colectiva del asunto y sus riesgos, en la línea de la “Comisión Robertson”: “Si una potencia extranjera decidiera atacar por sorpresa a los Estados Unidos, millones de americanos pensarían que los platillos volantes de Marte o Venus por fin habían aterrizado”.

Efervescentes años sesenta

A lo largo de los años sesenta, ésta seguiría siendo una historia no lineal, con altibajos y sorpresas, en buena parte a merced de la casuística, que iría marcando puntualmente el ritmo, la actividad y algunas de las decisiones de los actores. Un espectacular incremento en las observaciones a mediados de los sesenta precipitó los acontecimientos. La prensa, la opinión pública, el Congreso de los EE.UU. e incluso la comunidad científica saltaron a la arena del debate. Las Fuerzas Aéreas accedieron a dejar de monopolizar la investigación del tema, tal como venían reclamando Hynek, desde dentro, y los grupos privados de estudio de los OVNI, desde fuera. En particular, el NICAP (*National Investigations Committee on Aerial Phenomena*), dirigido por Keyhoe, que incluía en su elenco de responsables a personal de la CIA y militares retirados, como el ya citado Dewey J. Fournet.

En 1965, un “Comité Ad Hoc de Revisión del Proyecto Blue Book” recomendó encargar a algunas universidades el estudio en profundidad de casos selectos, ya que siempre cabía la posibilidad de que alguno tuviera interés científico. Los seis miembros del comité eran consultores científicos de las propias Fuerzas Aéreas, a excepción del astrónomo Dr. Carl Sagan.

En 1966, unas sonadas observaciones de OVNI en Michigan, que las Fuerzas Aéreas no supieron explicar satisfactoriamente (la atribución al “gas de los pantanos” fue acogida con hilaridad por parte de la opinión pública), motivaron que el *House Armed Services Committee* celebrara una sesión abierta dedicada a los OVNI, en la que se decidió seguir el consejo del

“Comité Ad Hoc”. La decisión se materializó en un contrato con la Universidad de Colorado. La investigación sería supervisada por un distinguido físico de probada independencia, Edward U. Condon.

Entretanto, no pocos científicos se habían posicionado respecto al tema. Algunos, como el astrónomo británico Bernard Lowell o el bioquímico y autor de ciencia ficción Isaac Asimov, lo consideraban un puro sinsentido.

Tanto Asimov como Sagan se convertirían en abanderados del movimiento escéptico que cristalizó a mediados de los setenta con la creación del CSICOP (*Comité para la Investigación Científica de las Afirmaciones de lo Paranormal*). Desde sus filas, el ingeniero y periodista técnico Philip Klass se encargaría de oponerse incansablemente a la interpretación extraterrestre de los OVNI, siguiendo los pasos de Menzel. En la época del estudio de la Universidad de Colorado, Klass sostenía que las observaciones de OVNI podían deberse a plasmas, ya fueran descargas en corona originadas en líneas de alta tensión o bien rayos en bola producidos durante las tormentas. No obstante, con los años relegaría esta hipótesis “explicalo todo” a un segundo plano en favor de explicaciones más realistas.

En cuanto a Carl Sagan, siempre consideró que la búsqueda de inteligencias extraterrestres es uno de los más trascendentales desafíos científicos, pero opinaba que no hay pruebas de que estemos siendo visitados. Para él, la respuesta no la iban a aportar los OVNI sino las sondas de exploración espacial y la radioastronomía.

Después de 20 años de observaciones de OVNI, otros científicos no eran tan categóricos. El botánico Frank B. Salisbury se interesó desde el punto de vista de la exobiología. No descartaba la posibilidad de que los OVNI fueran naves espaciales, pero admitía que el carácter de la evidencia disponible (no repetible, testimonial) y las serias objeciones que se habían planteado obligaban a ser prudentes. Años después, en la década de los 90, rememoraría: “Durante 18 años intenté estudiar el fenómeno de una manera científica [...]. Pero no me pregunten si creo en los OVNI. Mi objetivo era estudiar qué sucedía, no desarrollar algún tipo de creencia en torno al asunto.

Concluí que realmente suceden cosas extrañas, pero yo no diría que estamos siendo visitados por seres inteligentes a bordo de naves de otros mundos”.¹

El psicólogo R. Leo Sprinkle, por su parte, se convirtió en un convencido partidario de la hipótesis extraterrestre “a su pesar” –según afirmaba– después de haber observado OVNI personalmente en dos ocasiones, haber leído miles de informes de otros observadores y entrevistado a centenares de ellos. Sprinkle, miembro de la *Parapsychological Association* y la *American Society of Clinical Hypnosis*, se interesaba por los supuestos encuentros con ocupantes, aplicando técnicas de hipnosis a los testigos para intentar obtener más información de sus vivencias. Con los años, Sprinkle, que se hizo psicólogo para poder conjugar su interés por la ciencia y por lo espiritual, acabaría siendo uno de los investigadores pioneros en el campo de las abducciones (los presuntos “secuestros por extraterrestres”) así como una especie de consejero espiritual de los afectados. Presiones académicas harían que, en 1989, abandonara la Universidad de Wyoming en la que trabajaba, donde no era bien vista su dedicación al estudio y a la ayuda de abducidos, contactados y... reencarnados. Algún tiempo después, otro estudioso de las abducciones, el profesor de psiquiatría John Mack, de la *Harvard Medical School*, también sería puesto en entredicho por sus colegas, pero saldría mejor parado. En 1994, la *Harvard Medical School* estableció un comité para valorar si las investigaciones de Mack en dicho campo –que le habían llevado al convencimiento de que los abducidos no eran enfermos mentales y sus relatos eran reales, teniendo lugar en algún nivel de este nuestro Universo “multidimensional”– satisfacían los estándares académicos exigibles. Finalmente, Harvard lo mantuvo en su puesto apelando a la libertad académica de elección del tema de estudio y la libertad de opinión, una decisión que fue muy controvertida. Mack, que siempre había abogado por apartarse del materialismo de la cultura occidental, encontró en las experiencias contadas por los abducidos “una nueva forma revolucionaria de comprender la realidad y nuestro lugar en el Universo”.

Continuando con la lista de los científicos que se manifestaban sobre el tema de los OVNI a finales de los sesenta, también puede mencionarse al físico nuclear Stanton T. Friedman, conferenciante sobre el tema desde 1967 e

¹ Página personal de Salisbury: <http://quest.arc.nasa.gov/smores/team/fsalisbury.html>.

incombustible partidario de la hipótesis extraterrestre. Hoy incluso habla de un “Watergate cósmico”: las autoridades habrían ocultado las mejores pruebas desde 1947, a saber, los restos de una nave alienígena estrellada cerca de Roswell (Nuevo México) y los cadáveres de sus tripulantes. Para Friedman, la reluctancia de los científicos se explica principalmente por la ignorancia de los datos reales, el miedo al ridículo, prejuicios tecnológicos sobre la imposibilidad de las visitas extraterrestres y algo de egolatría (del tipo “si los extraterrestres aún no se han puesto en contacto con nosotros los científicos, será porque no están aquí”...).

²

En 1965, el astrofísico e informático francoamericano Jacques Vallee publicó el libro *“Anatomy of a Phenomenon”*, seguido un año después de *“Challenge to Science”* (éste último, en colaboración con su esposa Janine, fue traducido al castellano bajo el título *“Fenómenos insólitos del espacio”*). A su paso por la Universidad de Northwestern (Evanston/Chicago) coincidió con J. Allen Hynek y se convirtió en su mano derecha. Vallee intentaba adoptar un punto de vista científico para encarar el tema —sin hacerle ascos a la hipótesis extraterrestre—, clasificando las observaciones por tipos, propugnando la búsqueda de patrones espaciales y temporales en los sucesos informados.

Vallee tuvo un temprano interés por asuntos espaciales, llegó a observar un extraño disco en 1955 (que entonces interpretó como un prototipo secreto) y a finales de los cincuenta ya se interesaba por los OVNIs. No obstante, una experiencia que parece haberle impactado particularmente tuvo lugar en 1961, cuando trabajando en el seguimiento de satélites para el Observatorio de París fue testigo de cómo el responsable del proyecto destruía los registros de un objeto de trayectoria anómala por temor al ridículo internacional. “Los mejores datos sobre OVNIs nunca se han publicado” —sigue sosteniendo hoy en día.

Con su libro *“Pasaporte a Magonia”* (1969) iniciaría una deriva que lo llevaría a convertirse en un “hereje entre herejes” —en sus propias palabras— que se sentiría decepcionado si los OVNIs no fueran más que naves espaciales. Después de décadas de investigación, su conclusión es que existe un fenómeno de los OVNIs central inexplicado, de naturaleza física, que nos ha acompañado durante toda la Historia. Podría ser de origen natural o bien

² Web personal de Friedman: www.v-j-enterprises.com/sfhome.html.

artificial, en cuyo caso podría provenir de alguna otra forma de conciencia, extraterrestre o no. Parte de lo que describen los observadores podrían ser alucinaciones inducidas por la energía del fenómeno. Lo más probable es que los OVNI's sean "ventanas" a otras dimensiones manipuladas por inteligencias desconocidas. Una especie de "sistema de control".

En los noventa, Vallee esgrimía cinco argumentos, con mayor o menor fortuna, en contra de la hipótesis típica de los "visitantes del espacio": la inverosímil proliferación de encuentros cercanos, la improbable morfología humanoide de los "visitantes", la inadecuación de la hipótesis de la experimentación con humanos para explicar los relatos de abducciones, la



A finales de los sesenta, el físico atmosférico norteamericano James E. McDonald (1920-1971) llevó a cabo una auténtica cruzada reclamando atención científica para el problema de los OVNI's como probables sondas extraterrestres.

continuada presencia del fenómeno a lo largo de nuestra historia y su aparente capacidad de manipular el espacio y el tiempo.³

Por último, no podemos dejar de mencionar a un físico atmosférico de la Universidad de Arizona que en 1966 ya era todo un especialista en el tema, después de haberlo seguido durante años, y se embarcó en una auténtica cruzada (innumerables conferencias, charlas y debates, miles de cartas...) para divulgar sus puntos de vista con vehemencia y gran profusión de datos. En su opinión, el fenómeno tenía interés científico (llegó a calificarlo como el “mayor problema científico de nuestro tiempo”) y la hipótesis extraterrestre era “la única explicación plausible en el momento presente para los hechos conocidos hasta ahora”. Nos referimos a James E. McDonald que, a pesar de su desaparición prematura en 1971, dejó su huella en la controversia de los OVNI.

De hecho, se enfrentó a todos. Dada su especialidad académica, algunas de sus críticas se centraron en intentar demostrar la implausibilidad de las teorías de Menzel y Klass, que a menudo basaban sus explicaciones en la existencia de condiciones atmosféricas inusuales. Sus críticas alcanzaron igualmente a las Fuerzas Aéreas, por el escaso nivel científico del estudio que habían estado llevando a cabo, y a la CIA por inmiscuirse en el asunto (“Comisión Robertson”). Por otro lado, nunca le perdonó a J. Allen Hynek que no hubiera alertado a la comunidad científica de la existencia de casos en los archivos de las Fuerzas Aéreas que respaldaban seriamente –según McDonald– la hipótesis extraterrestre.

Ciencia y opinión

Cuando se acercan mucho a los OVNI, hay científicos que salen corriendo. Otros encuentran la horma de su zapato, como hemos visto. En definitiva, es cierto que ha habido y hay científicos convencidos de que los OVNI tienen un origen extraterrestre. Algunos ufólogos han aprovechado cualquier pronunciamiento en este sentido –aunque sólo sea tibio, dubitativo o especulativo– por parte de cualquier científico como argumento de autoridad. Pero la opinión de un científico no es necesariamente la respuesta de la

³ Vallee, Jacques F. (1990). “Five Arguments against the Extraterrestrial Origin of Unidentified Flying Objects”, *Journal of Scientific Exploration*, vol. 4, nº 1.

ciencia, que es algo que requiere un consenso, un reconocimiento colectivo por parte de la comunidad científica a la luz de pruebas y demostraciones.

¿Qué hay tras la opinión sobre los OVNI que expresa un científico en un momento determinado? Quizá resulte obvio pero vale la pena detenernos en este aspecto de la cuestión. En primer lugar, influye la formación del científico, su capacidad, su competencia, pero también, en un sentido más amplio, su asimilación del método científico (no hay que olvidar que “el hábito no hace al monje”). Por lo que respecta a la habitual especialización de los científicos, puede ocasionar cierta miopía hacia posibilidades de explicación fuera de su campo de conocimiento (un físico de renombre puede ser un perfecto ignorante en psicología, por ejemplo). También puede llevar a pasar por alto parte de los datos y tener una imagen sesgada del problema desde buen principio.

En segundo lugar, son determinantes los prejuicios personales, que pueden llevar a “saber” la respuesta por anticipado o a mimar alguna teoría favorita, a veces obsesivamente. La orientación la puede imprimir la propia formación y, a veces, es difícil deslindar los prejuicios de lo que es deformación profesional. Por otro lado, alguna experiencia personal o cercana puede influir poderosamente en la actitud hacia el tema.

En tercer lugar, resulta decisivo el nivel de información específica sobre la materia, tanto en extensión (la necesaria visión de conjunto de toda la casuística) como en profundidad. A la hora de opinar, hay científicos que se contentan con recurrir a la opinión emitida por otros colegas a título particular. Otros juzgan en función de lo leído en la prensa, en libros y revistas especializadas, en informes militares a los que han tenido acceso, en los raros estudios científicos sobre el tema (en particular, el “informe Condon”, del que hablaremos seguidamente) o incluso se basan en sus propias investigaciones particulares. Obviamente, el conocimiento de la materia puede variar sustancialmente según las fuentes a las que se acuda.

Finalmente, no puede desdeñarse el contexto –en sentido amplio– de toda declaración. ¿Por qué se emite la opinión? ¿En qué circunstancias? ¿Dónde se recoge? ¿A quién va dirigida? Si es una respuesta, ¿cuál era la pregunta? Y es que puede tratarse de una opinión meditada, un dictamen riguroso, pero también de un pronunciamiento discreto o acomodaticio, sin compromiso, o una declaración por encargo, sin matices, para acallar rumores,

o un manifiesto radical, expresamente provocativo, o incluso una declaración pública con ánimo de ridiculizar o atacar a alguna persona o colectivo.

Informe Condon

Retomando el hilo de nuestra historia, en enero de 1969 vio la luz el famoso “informe Condon” (*“Estudio científico de los objetos volantes no identificados”*), el estudio encargado por las Fuerzas Aéreas a la Universidad de Colorado. Las conclusiones y recomendaciones vertidas en el informe por el director del proyecto, el físico Edward U. Condon, tendrían importantes repercusiones. “El estudio de los OVNI en los últimos 21 años no ha aportado nada al conocimiento científico”. El informe, aunque no exento de defectos, sigue considerándose aún hoy lo más parecido a la respuesta de la ciencia al problema de los OVNI, un trabajo de referencia. “No hay justificación para proseguir las investigaciones oficiales sobre los OVNI”. El proyecto Blue Book fue cancelado al poco tiempo.

El informe, de casi un millar de páginas, plasmaba cerca de dos años de trabajo de un grupo de especialistas multidisciplinar, aunque finalmente se puso el acento en los aspectos relacionados con las ciencias físicas (casos fotográficos, detección por radar, física atmosférica...). Una de sus secciones más relevantes exponía el estudio de 59 de los casos investigados, algunos anteriores al periodo de trabajo. Antes de su publicación, el informe fue revisado por un grupo de expertos de la prestigiosa *Academia Nacional de Ciencias*, que le otorgó pleno respaldo.

En cuanto a la cuestión de la hipótesis extraterrestre, el propio Condon le dedicó un apartado del sumario, donde afirmaba que no existía ningún tipo de evidencia convincente de la presencia de naves espaciales (los expertos de la *Academia Nacional de Ciencias* que revisaron después el informe eran del mismo parecer: la consideraban “la explicación más improbable”). No obstante, como buen científico, Condon admitía que la situación podía llegar a cambiar algún día. La polémica podría quedar “zanjada en cuestión de minutos si un platillo volante aterrizara en el jardín del hotel donde se estuviera celebrando una convención de la *American Physical Society* y sus ocupantes descendieran y presentaran alguna ponencia” informativa...

Divisiones internas, desencuentros personales y disputas metodológicas, que sería largo de contar, enturbiaron el desarrollo del proyecto. Los extraterrestres no fueron del todo ajenos a ello. Algunos de los participantes eran partidarios de examinar la hipótesis extraterrestre y otras teorías sobre el origen de los OVNI, analizando la mayor cantidad posible de datos. Otra corriente de opinión en el seno del proyecto consideraba absurda la hipótesis extraterrestre y propugnaba buscar las respuestas en el campo de la psicología.

El informe final de la investigación de Colorado agrupaba diversas contribuciones acompañadas de una visión general por parte del director del proyecto, es decir, no se trataba del informe de un comité, con unas conclusiones consensuadas. Todavía hay quien considera ofensivo que Condon concluyera que no había motivos científicos para proseguir el estudio del tema cuando, en el cuerpo del informe, casi un tercio de los casos presentados no pudieron ser explicados e incluso se reconocía que unos cuantos eran difícilmente explicables.

Ciertamente, hubo analistas del proyecto que dejaron escrito que la hipótesis de que “hubiera físicamente presente un vehículo extraterrestre” parecía la más acorde con los detalles de cierta observación, que los datos de algunos casos “no contradicen la hipótesis de que aeronaves desconocidas extraordinarias hayan penetrado en el espacio aéreo de los Estados Unidos”, que, en otro incidente, “el comportamiento aparentemente racional, inteligente del OVNI sugiere un aparato mecánico de origen desconocido como explicación más probable de la observación” o que todos los factores investigados en otro de los casos parecían consistentes con la afirmación de que se observó un objeto volante discoidal artificial. No obstante, estos juicios sobre ciertos casos no identificados venían prudentemente puntuados con reservas sobre la información (“si el informe es fiable”, “si se toma el relato de los testigos al pie de la letra”, “a falta de información adicional...”) y el omnipresente reconocimiento de la falta de pruebas (“no hay evidencia suficiente para demostrar esta hipótesis”, “no puede descartarse por completo” una explicación convencional, “no puede decirse que la evidencia excluya totalmente un fraude”...).

Uno de los analistas, el astrónomo William K. Hartmann, escribía a modo de balance investigativo: “Los actuales datos son compatibles con las siguientes hipótesis, pero no permiten probar ninguna de ellas: (1) el fenómeno de los OVNI al completo es producto de confusiones, información deficiente y fraudes, o bien, (2) una parte muy pequeña del fenómeno de los OVNI corresponde a sucesos extraordinarios”.

Era en este marco donde se inscribía la recomendación de Condon, quien enfatizaba la improbabilidad de que se produjera algún avance científico en el futuro, en vista del resultado de las investigaciones pasadas. Este pesimismo contrastaba con su afirmación de que todavía quedaban cosas por aprender en las áreas de la electricidad y la óptica atmosféricas, incluyendo determinados aspectos de la propagación de las ondas de radio, tal como nos recordaban algunos de los casos investigados.

Con todo, Condon instaba a desafiar su propia recomendación. “Los científicos no respetan la autoridad. Ellos no aceptarán acríticamente nuestra conclusión [...]. Ni deberían hacerlo, ni deseamos que lo hagan”. Los detalles del informe debían servir para ayudar a otros científicos, mostrándoles las dificultades. “Aunque tras casi dos años de estudio intensivo concluimos que no vemos ninguna línea fructífera de progreso en el estudio de los informes de OVNI, creemos que habría que apoyar a todo aquel científico con formación y credenciales adecuadas que plantee una propuesta de estudio específica, claramente definida”.

Treinta años después

Imaginemos que, poco después de la publicación del informe de la Universidad de Colorado, alguno de los estudiosos convencidos de que, más allá del resumen hecho por el doctor Condon, el informe era un “vigoroso documento en favor de la realidad del fenómeno de los OVNI” (como, por ejemplo, expresaría Allen Hynek años después, cuando en los medios ya era llamado “el Galileo de la Ufología” tras su gradual conversión a la causa ufológica) se acostara para no despertarse hasta 30 años más tarde, en medio de dulces sueños:

Los primeros testimonios de platillos volantes suscitaron escepticismo cuando no la mera chanza. El creciente número de testimonios provenientes un poco de todas partes –algunos de observadores serios y cualificados– hizo que la cuestión se fuera tomando cada vez más en serio. Los científicos terminaron involucrándose en el asunto. Se hicieron estudios rigurosos, cerniendo los datos disponibles en busca de propiedades representativas de un fenómeno por definir y explicar. Con el tiempo se fue consiguiendo aislar la señal del ruido. Se analizaron en profundidad huellas y restos, y los nuevos datos pasaron a complementar y corroborar los procedentes de los testimonios. Paralelamente se pusieron en marcha proyectos de detección cada vez más sofisticados que permitieron disponer de datos objetivos, cada vez de mayor calidad. Se propusieron modelos explicativos cada vez más complejos y precisos que se debatieron en las páginas de las revistas científicas, contrastándose con los datos conocidos. En nuestros días, transcurrido más de medio siglo desde que se inició la controversia, ya podemos afirmar definitivamente que los OVNI son...

Supongamos que el despertador hubiera interrumpido los dulces sueños de nuestro estudioso a finales de 1997. Lo primero que constataría es que los acontecimientos habían seguido un curso muy distinto en la vida real.

Del 29 de septiembre al 4 de octubre de dicho año, se celebró en Pocantico (Nueva York) un seminario en el que un comité de 9 científicos revisó las “evidencias físicas relacionadas con los informes sobre OVNI” que presentaron una serie de investigadores. El encuentro estaba auspiciado por la *Fundación Rockefeller* y dirigido por el físico Peter Sturrock, presidente de la heterodoxa *Society for Scientific Exploration* (SSE) y firme convencido de la necesidad de un estudio científico de los OVNI. Ya no eran los tiempos del estudio de Colorado. Ya no había patrocinio oficial ni marco universitario y la revisión de las evidencias se despachó en cuestión de días, no de años.⁴

Los investigadores que presentaron los datos eran siete estudiosos del tema, con formación técnica o científica, ninguno de los cuales se caracterizaba por su actitud escéptica hacia hipótesis de explicación “no convencionales”.

⁴ Sturrock, Peter A. *et al.* (1998). Physical evidence related to UFO reports. *J. Scientific Exploration*, vol. 12, nº 2. [consultable en: www.scientificexploration.org/]

Nuestro ufólogo hibernado habría reconocido al menos a un ufólogo de su época, Jacques Vallee.

La contribución de Vallee fue doble, presentando estimaciones de luminosidad de algunos OVNI's y aportando un estudio de restos materiales recuperados que habían podido analizarse. Nos detendremos en los 11 ejemplos que llegaba a citar en relación con muestras materiales relacionadas con OVNI's.⁵

- Dos de los casos son considerados sendos fraudes por muchos investigadores. Uno de ellos, el ya mencionado incidente de la isla de Maury (Washington) del 21/6/1947. El otro, la historia de la nave supuestamente estrellada en Aurora (Texas) el 17/4/1897, aunque este caso ya lo excluía Vallee de su análisis, acto seguido.

- Otros dos casos, posiblemente tres, no encerraban ningún misterio. Así, en un incidente sucedido en la isla sueca de Vaddö en 1956, la muestra no tendría relación con el OVNI observado, según nos ha precisado el ufólogo Clas Svahn (*UFO-Sweden*). El material recuperado en Jopala, cerca de Puebla (México), el 29/7/1977 –no en 1978 como señala Vallee–, procedía de la reentrada en la atmósfera de parte de un cohete impulsor del satélite soviético *Cosmos 929*⁶. Se trataba de una variedad de acero.

Puede conjeturarse que los restos fundidos de acero que cayeron en Council Bluffs (Iowa) el 17/12/1977 –el caso estrella del estudio de Vallee– podrían ser igualmente chatarra espacial, a pesar de los argumentos en contra planteados.

- En otros cinco casos, la información disponible era muy deficiente o francamente dudosa. Vallee no nos advierte que el informe Condon arrojaba serias dudas sobre el incidente de Washington D.C. de 1952, en el que se habría recuperado un fragmento metálico desprendido de un platillo volante perseguido por un piloto de la *US Navy* (ni siquiera se conserva la muestra). Del caso de Campinas (Brasil) del 14/12/1954 no hay realmente información contrastada. Muchas dudas suscita el caso de las muestras de magnesio de gran pureza supuestamente caídas en Ubatuba (Brasil) en 1957 o bien en

⁵ Vallee, Jacques F. (1998). Physical Analyses in ten cases of unexplained aerial objects with Material Samples. *J. Scientific Exploration*, vol. 12, nº 3. [consultable en: www.scientificexploration.org/]

⁶ Según el *USSPACECOM*, consultado por el investigador mexicano Héctor Escobar.

1933-1934 –no está claro–, de las que también se ocupó el informe Condon. Asimismo, poco crédito merece otro incidente sucedido en Bogotá (Colombia) “en 1975 ó 1976”. Y la información es paupérrima en el caso de las dos muestras presuntamente encontradas por un esquimal a principios de los setenta en Kiana (Alaska).

- Finalmente, el descarte nos deja con un ejemplo a retener. Resulta ser un caso sucedido en Maumee (Ohio) el 13/7/1967. Si el lector se molesta en buscar comprobará que ya fue considerado en el informe Condon (que lo fechaba el día 16), concluyendo que su análisis no llevaba a ninguna parte.

Lo que nos queda, pues, es una sólida muestra del tipo de evidencia “sólida” que puede aportar un veterano ufólogo científico con más de tres décadas de experiencia a sus espaldas.

Tanto Vallee como el grupo de científicos encargados de revisar las evidencias reconocían que los materiales recuperados no eran extraordinarios en sí mismos pero animaban a realizar estudios comparativos de este tipo de casos.

La órbita del GEPAN

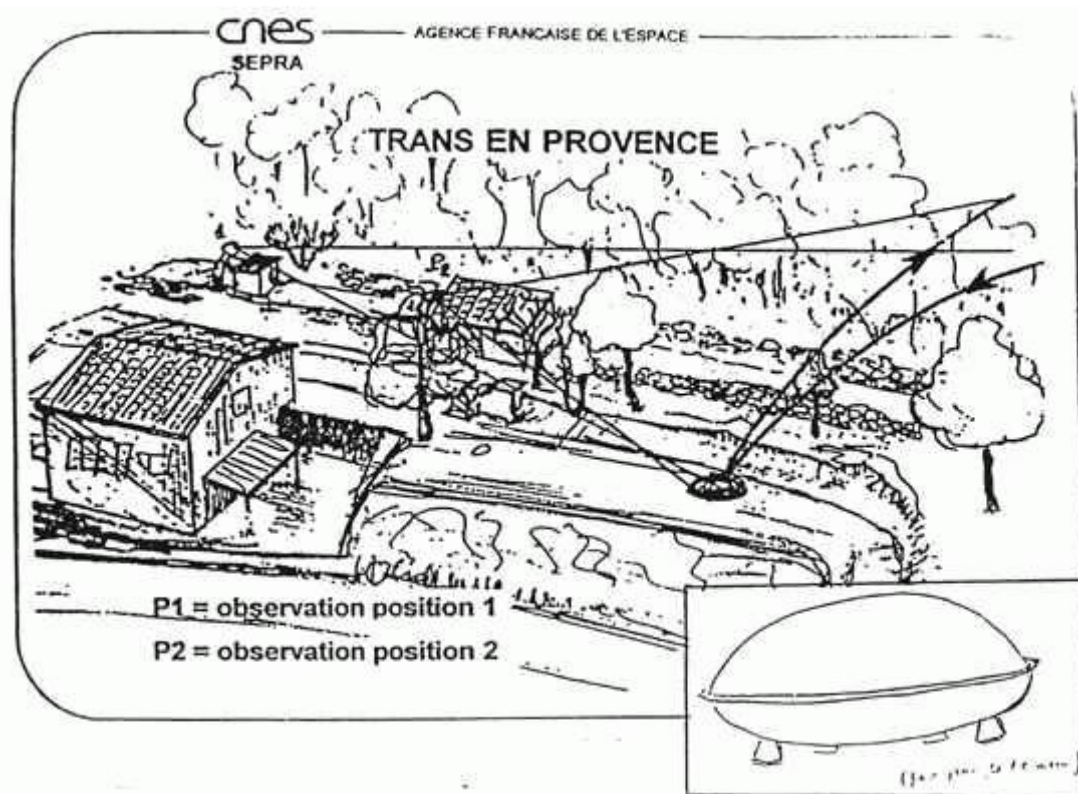
Sin duda, a nuestro ufólogo hibernado desde la “era Condon” le llamarían la atención dos palabras, para él desconocidas, pronunciadas con reverencia por los estudiosos que acudieron al seminario: “GEPAN” y “Hessdalen”.

Los científicos reunidos en Pocantico alabaron las virtudes de un proyecto francés de adquisición y análisis de datos sobre los OVNI's denominado originalmente GEPAN y rebautizado luego como SEPRA. El GEPAN (*Groupe d'Études des Phénomènes Aérospatiaux Non-identifiés*) fue creado en 1977 como un departamento del CNES, la NASA francesa. Se trataba de una investigación oficial civil que comenzó siendo dirigida por el ingeniero y astrónomo Claude Poher, principal impulsor del proyecto. A finales de 1978, el Dr. Poher dejó el GEPAN al considerar –según explica en la actualidad– que las condiciones de trabajo impuestas (medios humanos limitados, restricciones en la publicación de resultados...) “no permitían un verdadero estudio científico de los fenómenos”.

Poher se había acercado al asunto de los OVNI tras un primer contacto con Hynek y la lectura del informe Condon, cuando fue publicado. Enseguida se relacionó también con Vallee y otros de los estudiosos del llamado “Colegio Invisible”, un grupo informal de científicos interesados en el tema –años más tarde, en 1973, Hynek fundó el CUFOS (*Center for UFO Studies*), una asociación privada ya bien visible, abierta sólo para poseedores de algún doctorado—. Otros investigadores franceses vinculados al “Colegio Invisible” fueron el filósofo y pionero ufológico Aimé Michel (el padre de las hoy desacreditadas “ortotenias”, o alineaciones de los puntos de avistamiento de los OVNI observados a lo largo de una misma jornada), el físico Yves Rocard (estudioso de la radiestesia y las presuntas capacidades de los zahoríes) y el astrónomo y astrofísico Pierre Guérin. En materia de OVNI, a Guérin se le recuerda, por ejemplo, por su irónica “Ley de Guérin” –cuando se descubre y demuestra una ley ufológica enseguida queda refutada por las observaciones siguientes– y, más “en serio”, por su noción de “sueño inducido” de mediados de los setenta –al menos ciertos aspectos de las observaciones de OVNI serían alucinaciones provocadas por los OVNI—. Fue uno de los muchos y variados “consultores científicos externos” del primer GEPAN.

En 1978, en un informe destinado al consejo científico de supervisores del GEPAN, Poher concluía preliminarmente que “los casos de observación implican generalmente un fenómeno material” y que “en el 60% de los casos citados, la descripción del fenómeno corresponde a la de una máquina voladora cuyo origen, modos de desplazamiento y/o propulsión están totalmente al margen de nuestros conocimientos”.

Aparte de análisis estadísticos de los informes suministrados por la Gendarmería y de investigaciones pormenorizadas de algunos casos selectos, el GEPAN abrió diversas líneas de estudio complementarias, como la de la magnetohidrodinámica (MHD). En este campo concreto tuvieron gran influencia las ideas de Jean Pierre Petit, un investigador del CNRS (*Centre National de la Recherche Scientifique*) que participó en las primeras, y poco exitosas, experiencias francesas en MHD (1965-1970). A mediados de los setenta retomó los experimentos por iniciativa propia, con aportaciones originales y fundamentadas, al tiempo que crecía su convencimiento de que los OVNI debían de estar utilizando la propulsión MHD para surcar nuestra atmósfera.



Reconstrucción del "aterrizaje" de Trans-en-Provence del 8/1/1981, la "joya de la corona" del GEPAN, organismo oficial francés que se encargaba del estudio de los OVNI's en los ochenta. Abajo a la derecha, aspecto del objeto supuestamente observado (*Lumières dans la nuit*, 1981).

De hecho, el concepto de propulsión MHD no era nuevo. Las primeras experiencias de laboratorio se remontarían a los años cincuenta. Ufólogos como el físico Stanton Friedman y "extraterrestres" como los del planeta "Ummo" (autores de una imponente producción epistolar sobre muy variados temas) habían coqueteado con la idea desde, al menos, finales de los años sesenta. Entre las ventajas que podría ofrecer este tipo de propulsión se cuenta la anulación de la onda de choque en vuelo supersónico, y esto era lo que, supuestamente, mostraban algunos informes de OVNI's.

Petit fue uno de los colaboradores externos que llegaron al GEPAN de la mano de Poher. No obstante, ello no le ayudó a encontrar el apoyo material que precisaba para desarrollar sus investigaciones. El sucesor de Poher, Alain Esterle, llegó a advertir a Petit: "su actitud respecto a estas investigaciones [MHD] es totalmente incompatible con la del GEPAN. Desde hace tiempo hemos dado la espalda a la militancia platillista que anima a la práctica totalidad de ufólogos, de los que usted forma parte. Y nosotros pretendemos que nuestro trabajo siga regido por los principios de la duda sistemática,

condición necesaria para una investigación científica auténtica, duda que, según todo parece indicar, le ha abandonado hace tiempo (si es que ha dudado alguna vez)". Entretanto, el GEPAN encargó a terceros la reproducción de los experimentos originales de Petit –un éxito– y la realización de nuevos experimentos más avanzados –un sonado fracaso, al prescindir de la experiencia de Petit, lo que supuso el abandono del tema–.⁷

Uno de los casos investigados por el GEPAN que quedaron sin explicar acabaría convertido en un verdadero icono de la "ufología científica". El 8/1/1981, en Trans-en-Provence (Var), un testigo observó un artefacto con forma de dos platos unidos por los bordes que se posó a unos 20 m de distancia. El objeto despegó en cuestión de medio minuto dejando una huella en el terreno. El GEPAN concluyó que se había tratado de un objeto muy pesado que produjo calentamiento del terreno, aportó algunos materiales y causó "traumatismos bioquímicos" en las plantas. No obstante, ufólogos críticos como Eric Maillot han expresado que el caso "no tendría más interés real que cualquier otro banal encuentro cercano con sólo un testigo" y han criticado la deficiente metodología seguida y la sesgada interpretación de los resultados analíticos. Así, la huella y muestras analizadas ni siquiera bastarían por sí mismas para confirmar el testimonio, es decir, la presencia del OVNI en el lugar y fecha precisos indicados por el testigo.⁸

En 1983, Jean-Jacques Vélasco, un técnico superior en óptica, pasó a hacerse cargo de un GEPAN en peligro de extinción y, en 1988, el proyecto fue definitivamente desmantelado y transmutado en el SEPRA (*Service d'Expertise des Phénomènes de Rentrées Atmosphériques –Servicio de Peritaje de los Fenómenos de Reentradas Atmosféricas–*). La ausencia de resultados científicamente relevantes, la pertinaz sequía de observaciones, la pérdida de apoyos políticos..., todo jugó en contra. En diciembre de 1999, el SEPRA –cuyo responsable seguía siendo Vélasco, por entonces ingeniero– se convirtió en *Service d'Expertise des Phénomènes Rares Aérospatiaux (Servicio de Peritaje de los Fenómenos Raros Aeroespaciales)*, sin cambiar ni una sigla. En enero de 2004, el SEPRA desapareció. Ese mismo año vio la luz el libro de Vélasco

⁷ Monográfico "GEPAN: une manip de trop" del boletín ufológico *OVNI-Présence (AESV)*, nº 29, marzo 1984.

⁸ "Trans en Provence: le mythe de l'OVNI scientifique" (Eric Maillot), consultable en www.zetetique.ldh.org/tep.html.

“*Ovnis, l'évidence*”, en el que defendía una ya rancia hipótesis: los OVNIs son de procedencia extraterrestre y se dedican a vigilar nuestras actividades nucleares. No era la primera vez que Vélasco expresaba abiertamente, aunque a título personal, sus preferencias por la hipótesis extraterrestre.

Uno de los personajes de esta historia ha ido mucho más allá. A principios de los noventa, Jean Pierre Petit hacía público que algunas de sus ideas sobre propulsión MHD, así como sus más recientes teorías cosmológicas, estaban inspiradas en cartas que los extraterrestres “ummitas” enviaron a diversos destinatarios (advirtamos de entrada que el asunto “Ummo” es una superchería reconocida). El director del CNRS declaró: “Si el Sr. Petit quiere creer en los platillos volantes no vemos ninguna objeción, siempre y cuando, por supuesto, esta actitud no perjudique su trabajo científico”.

En los últimos años, el tema de la propulsión de las naves extraterrestres, precisamente, ha sido motivo de agrios desencuentros entre ufólogos científicos de expresión francesa. Tras un largo retiro ufológico, Poher ha dado a conocer su teoría gravitatoria de los “universones” y pretende haber obtenido ya resultados experimentales (la histórica fecha habría sido el 11 de abril de 2007: “... por primera vez, un humano, yo, ha podido demostrar experimentalmente la posibilidad de utilizar la interacción gravitacional para producir diversas formas de energía”). Una teoría muy criticada por el físico belga y ufólogo Auguste Meessen, que viene desarrollando su particular teoría de la “Propulsión Electromagnética Pulsada” y se considera uno de los padres de la idea de los OVNIs propulsados magnetohidrodinámicamente. Pretensión ésta que desmiente Petit, señalando precedentes anteriores de la idea y tachando de incompetente al físico belga. Por su parte, Poher lamenta que Petit se empecine en la hipótesis MHD para la propulsión de los OVNIs, “una pista sin futuro”...⁹

Hoy, la saga del GEPAN continúa. De las cenizas del SEPRA emergía en septiembre de 2005 el GEIPAN (*Groupe d'Etudes et d'Information des Phénomènes Aérospatiaux Non-identifiés*), dedicado a tareas de recopilación, análisis y difusión de información sobre “fenómenos aerospaciales no identificados”, un poco en la línea del GEPAN original, con un novedoso

⁹ Petit, Poher y Meessen mantienen sus correspondientes webs en www.jp-petit.com/, www.universons.com/ y www.meessen.net/AMeessen/, respectivamente.

énfasis en la divulgación. No en vano, uno de los primeros proyectos en los que se ha embarcado es la publicación en Internet de toda la información atesorada sobre la casuística francesa.¹⁰

Al frente de la Comisión de Supervisión del grupo, se encuentra Yves Sillard, un ingeniero con un impresionante historial de cargos de responsabilidad a sus espaldas, en las áreas de la Aeronáutica, la Astronáutica, la Defensa e incluso la Oceanografía. Precisamente, Sillard era el director general del CNES cuando se tomó la decisión de crear el GEPAN original, en 1977.

De la dirección del GEIPAN se encarga Jacques Patenet, un ingeniero electrónico e informático. En 1983 aspiraba a dirigir el GEPAN que, finalmente, heredó Jean-Jacques Vélasco. Patenet, que declara no tener una convicción formada sobre el tema más allá de admitir que existen fenómenos inexplicados, considera que "el fenómeno OVNI y la existencia de vida extraterrestre no están forzosamente ligados; hay otras hipótesis, aunque ésta parezca la más evidente".¹¹

En cuanto a los americanos... "Oficialmente –comenta Yves Sillard–, los americanos abandonaron toda investigación sobre los ovnis después de la presentación del llamado Informe Condon, en 1969. Ese informe, curiosamente, en el que figura un 30 % de fenómenos observados que eran completamente inexplicables, concluía diciendo que no tenía interés proseguir el estudio. Había una profunda anomalía entre las conclusiones y el resto. En realidad, yo pienso que los americanos practican con este tema –al que consagran, estoy convencido de ello, un esfuerzo de investigación muy superior al de cualquier otro país– una política deliberada y sabiamente orquestada de desinformación. Es la desinformación total... Pero, ¿con que propósito? ¿Por temor a ver cuestionada su supremacía si un día nos encontráramos frente a una civilización exterior mucho más avanzada? ¿Por un afán de reservarse para ellos potenciales avances tecnológicos?... No lo sabemos".¹²

¹⁰ Puede accederse a la documentación en <http://www.cnes-geipan.fr/geipan/recherche.html>.

¹¹ Entrevista publicada en el diario *Var-Matin*, 16/5/2007.

¹² Entrevista para *RFI Soir*, *Radio France International*, 29/9/2005.

Hessdalen, laboratorio de los ovnis

En cualquier caso, siempre nos quedará Hessdalen, se repiten algunos ufólogos con credenciales académicas. Hessdalen es un valle noruego en el que, a finales de 1981, se sucedieron abundantes observaciones de fenómenos luminosos no identificados. En 1983, se puso en marcha el “Proyecto Hessdalen”, una iniciativa privada dirigida por el ingeniero noruego Erling Strand (*Østfold College*), con el propósito de monitorizar y estudiar dichos fenómenos. Con el tiempo, las observaciones se hicieron menos frecuentes, pero Hessdalen pasó a ser considerado por los ufólogos como “un laboratorio de los OVNI”, en palabras de Allen J. Hynek, que visitó la zona en 1985 y se mostró impresionado por la labor y los resultados del Proyecto.

En el informe de las jornadas de Pocantico de 1997 se dedicó un espacio a la investigación de los fenómenos de Hessdalen y el equipo de científicos encargado de valorar las evidencias presentadas dejó caer la siguiente apreciación: “Esta comisión hace notar que en casos que involucran repetidas, semirregulares, observaciones de luces (como las que se dice que tienen lugar en Hessdalen –Noruega– y en Marfa –Texas–), es difícil de entender por qué no se ha descubierto una explicación racional, pareciendo que una pequeña inversión en equipo y tiempo debería producir resultados útiles”.

Aunque no es descartable que en alguna ocasión se haya producido o se produzca algún fenómeno de interés científico en el valle, si nos molestamos en examinar la evidencia presentada en el *Informe Técnico Final del Proyecto Hessdalen* de 1984, constatamos que el panorama es decepcionante. Las conclusiones de los propios investigadores vienen precedidas de consideraciones que nos previenen de las “dificultades de interpretación”, la insuficiencia de datos, la calidad no óptima de éstos... No es para menos, pues lo que encontramos son fotos de escaso valor, la presencia cotidiana de aviones, detecciones por radar poco demostrativas con contadas, y dudosas, correlaciones visuales... ¿Y qué pensar del que fue considerado en el informe como el suceso más inexplicable de todos? En cierta ocasión, justo en el momento en que uno de los investigadores salía de la caravana que contenía la mayor parte del instrumental del Proyecto, una luz roja se movió a sus pies



El astrónomo J. Allen Hynek (1910-1986), temprano asesor científico de la USAF en cuestión de OVNIs y posterior campeón de la causa ufológica –sin decantarse por la hipótesis extraterrestre–, posa junto al instrumental del "Proyecto Hessdalen" en una visita a Noruega en 1985.

durante unos segundos, como un reflejo. Al testigo le recordó el tipo de luz del láser que habían utilizado días atrás, si bien el equipo ya no se encontraba en la zona. El mismo informe hablaba de luces que variaban su secuencia de destellos cuando los experimentadores les apuntaban con un láser (experiencias que no fueron registradas).

Una reciente polémica resulta reveladora. Massimo Teodorani, un astrofísico que ejerce de radioastrónomo para el *Consejo Nacional de Investigaciones* italiano (CNR), ha participado como supervisor científico en tres expediciones de investigadores italianos a Hessdalen durante el periodo 2000-2002 (proyecto EMBLA). En 2002 aportó nuevos detalles de las características de las misteriosas luces basados en registros instrumentales. No obstante, el físico y ufólogo italiano Matteo Leone pudo explicar razonablemente las luces estudiadas por Teodorani como faros de vehículos, entre otras cosas porque estuvo presente en una de las ocasiones. Pudo

verificarlo a través de un minitelescopio, mientras Teodorani se afanaba en registrar el espectro de la luz con su sofisticado instrumental, sin atender las advertencias.

La situación no deja de ser curiosa. Teodorani, que mira con desprecio a la ufología por su dependencia de la evidencia testimonial, sigue convencido de que sus datos prueban la existencia de luces extraordinarias naturales –quizá algún pariente piezoeléctrico del rayo globular– o incluso artificiales –alguna sonda alienígena robótica, tal como se contemplan en el proyecto SETV (*Búsqueda de Visitas Extraterrestres*), una aséptica versión de la ufología–. Por otro lado, sostiene el peculiar punto de vista de que los militares norteamericanos prueban sus prototipos secretos en lugares en los que –como en Hessdalen– se producen misteriosos fenómenos luminosos recurrentes, probablemente naturales, al tiempo que alientan la idea de que en esos lugares hay bases extraterrestres. El ufólogo Leone, por su parte, no concede valor alguno a las “evidencias” de Teodorani ni a las elucubraciones físicas que deriva de ellas, pero piensa que los testimonios de algunos habitantes del área son indicativos de la presencia de un fenómeno aún no identificado. Volvemos pues a los testimonios... Hessdalen, ¿“laboratorio de los OVNI””? ¹³

A nuestro imaginario ufólogo hibernado de la “era Condon”, las conclusiones de los científicos reunidos en Pocantico para revisar las evidencias físicas presentadas le habrían dejado un sabor agridulce. Para empezar, otorgaban plena vigencia a la conclusión principal del director del proyecto de Colorado: dos décadas de estudio de los OVNI no habían aportado nada al conocimiento científico. Ahora, otras tres décadas después, seguía sin haber pruebas convincentes de “procesos físicos desconocidos” o de “inteligencia extraterrestre”.

No obstante, aunque Condon estimaba que, probablemente, proseguir el estudio de los OVNI no iba a conducir a ningún avance científico, los científicos de Pocantico veían la botella medio llena, no medio vacía: “siempre que haya observaciones inexplicadas hay la posibilidad de que los científicos aprendan algo nuevo estudiándolas”. Recomendaban hacerlo con el máximo rigor y objetividad, centrándose en el examen de la evidencia física, buscando

¹³ Recopilación de informes y artículos en www.hessdalen.org/reports/.

apoyo institucional y formalizando contactos regulares entre físicos y ufólogos. Consideraban que los avances de la ciencia y la técnica permitirían ahora una mejor investigación y que el proyecto GEPAN/SEPRA constituía un modelo a seguir.

Nótese que ya no estaríamos hablando de una cuestión científica sino de política científica, donde los planteamientos pertinentes serían, por ejemplo, del tipo: atendiendo a las limitaciones presupuestarias, la existencia de otras áreas de investigación prioritarias y las magras perspectivas que plantea el estudio de los OVNIs, ¿deberían dedicarse fondos públicos a su investigación?

Consideraciones generales

Aquí podríamos continuar detallando lo sucedido en las últimas décadas, proseguir desgranando la retahíla de científicos que se han interesado por el tema y echar un vistazo a los debates paralelos que han tenido por escenario otros países. Pero quizá sea más provechoso terminar con algunas consideraciones generales sobre la naturaleza del problema.

Tras la afirmación “los OVNIs son de origen extraterrestre” se esconden al menos tres saltos al vacío. El hecho de partida, indiscutible, es que las colecciones de informes sobre OVNIs contienen un residuo de casos que permanecen inexplicados. La primera conclusión injustificada llega al pretender que la existencia de estos casos inexplicados sugiere, evidencia o incluso demuestra la existencia de casos (intrínsecamente) inexplicables. El siguiente salto conceptual temerario consiste en estimar que esos casos inexplicables son, fundamentalmente, la manifestación de UN fenómeno, “el fenómeno de los OVNIs”. La última pirueta mental lleva a sostener que las características del “fenómeno de los OVNIs” sugieren, evidencian o incluso demuestran su naturaleza extraterrestre.

No hay que perder de vista que la existencia de casos inexplicados es inevitable aunque no existan casos inexplicables propiamente dichos. Veíamos al principio que, en la práctica, la identificación puede llegar a ser imposible incluso en ocasiones en que la información parece “suficiente”, por diversas razones. En último término, la información es básicamente testimonial –incluso cuando hay algún tipo de evidencia material: aquí está el fragmento metálico y

aquí el *testimonio* de quien lo vio caer de un platillo...— y, por tanto, puede contener errores, distorsiones, falsedades, lagunas... Veámos también que hay explicaciones convencionales que los mismos analistas pueden desconocer, como en el caso de experiencias militares secretas. Comentaremos ahora otro aspecto importante que a menudo se olvida. En ocasiones, hay casos inexplicados para los que pueden contemplarse explicaciones convencionales que aunque sean posibles pueden parecerle “rebuscadas” o “inverosímiles” incluso a un analista crítico. Pues bien, tratándose de OVNI, es decir, de anómalos sucesos marginales por definición, el rechazo a priori de explicaciones “complicadas” está injustificado. Es un prejuicio que denota un cierto “analfabetismo probabilístico”. Por poner un símil, imaginemos que nos señalan a alguien que figura en una lista de personas que se han convertido en millonarias de la noche a la mañana en los últimos años, y nos preguntan si su repentino enriquecimiento podría deberse a que le hubiera tocado la lotería. Sería absurdo que respondiéramos que “es tan improbable que a uno le toque la lotería que hay que descartar esa explicación por ridícula”. Un enfoque bayesiano del problema apunta justamente a lo contrario.

Encontrar casos demostrablemente inexplicables debería ser el requisito previo para un estudio científico de la cuestión. En este estadio preliminar, nos las habemos con una especie de problema detectivesco y judicial más que científico, en el que lo más prudente es asumir que cada suceso tiene causas ordinarias hasta que no se demuestre lo contrario. En la práctica, ante las dificultades para encontrar esos casos genuinamente extraordinarios, lo habitual es que los ufólogos se limiten a proponer casos inexplicados particularmente resistentes a los intentos de explicación. Si después se demuestra que tienen una explicación o surgen fundadas sospechas de que la tienen, siempre pueden proponer nuevos casos inexplicados de sustitución, una y otra vez. Claro que la credibilidad de la “demostración” se va resintiendo.

Los ufólogos que no soportan tanta precariedad y no tienen paciencia para esta constante huida hacia adelante en busca de la prueba definitiva, del caso ideal, pero sospechan que realmente hay “algo” extraordinario, optan por recurrir a atajos estadísticos. ¿Para qué “perder el tiempo” demostrando que existe el objeto de estudio si ya podríamos estar estudiándolo? Como Hynek explicaba al criticar la metodología del informe Condon: “Siempre puede

aducirse una posible explicación natural, aunque sea inverosímil, para cualquier informe de OVNI, si se considera aisladamente, sin correlacionarlo con otros informes realmente enigmáticos de aquí y del extranjero”.

En esta línea, el físico Peter Sturrock afirmaba que “el problema de los OVNI está quizá más cerca de la astronomía que de la física”, dado que resulta imprescindible “combinar evidencia derivada de muchas observaciones”¹⁴. Supuestamente, el análisis estadístico de los catálogos de informes sobre OVNI permitiría descubrir rasgos y tendencias que ayudarían a separar el grano de la paja, la señal del ruido. No sólo quedaría “probada” la existencia de los casos inexplicables –sin tener que arriesgarse a apostar por ninguno en concreto– sino que además podríamos conocer qué tienen en común y modelizar sus características. Lástima que se trate de un razonamiento circular que ignora los problemas de fondo.

Lo cierto es que es inevitable preguntarse: ¿qué fiabilidad hay que otorgar a los datos testimoniales? ¿Y en base a qué puede darse por sentado que estudiar un material metálico que se estrelló en un campo sudamericano arrojará luz sobre la naturaleza de la parálisis que afectó a un testigo mientras observaba una luz en Camboya, años después, o sobre un blanco anómalo que detectó un radar ruso en otra ocasión? Aquí viene a cuento el dicho informático “*garbage in, garbage out*” (entra basura, sale basura). Podrían estarse mezclando peras con manzanas (en realidad, peor aún, testimonios sobre peras y testimonios sobre manzanas) y los resultados estadísticos serían no ya de difícil interpretación sino incluso carentes de sentido.

Al riesgo de asentar conclusiones sobre arenas movedizas vendría a sumarse el de cuestionar prematuramente nuestra tierra firme, en compañía de extraterrestres. Según también sugería Sturrock, “si consideramos la hipótesis de que el fenómeno puede ser debido a una civilización extremadamente avanzada, debemos afrontar la posibilidad de que, en un contexto más amplio y sofisticado, muchas ideas que aceptamos como simples verdades podrían no ser tan simples y ni siquiera ser verdaderas”. Esta filosofía llevada hasta sus últimas consecuencias nos llevaría a aceptar, sin ningún tipo de cuestionamiento, todo tipo de datos absurdos.

¹⁴ Sturrock, Peter A. (1987). An Analysis of the Condon Report on the Colorado UFO Project. *J. Scientific Exploration*, vol. 1, nº 1. [consultable en: www.scientificexploration.org/]

¿Fenómenos malditos?

Con todo, ¿podría haber algo realmente genuino y original tras los informes de OVNI? ¿Hay precedentes de fenómenos “raros” que comenzaran siendo largamente ignorados por la ciencia hasta que se tuvo que reconocer su existencia? ¿No estará siendo la ciencia demasiado “prudente” en materia de OVNI?

Generalmente, las revistas científicas no publican informes sobre observaciones de OVNI. Los ufólogos señalan que hay un cierto rechazo por parte de los editores basado en prejuicios hacia el tema. También apuntan que este “silencio” tiene un efecto disuasorio en otros científicos que podrían hacer aportaciones en este campo pero se abstienen de hacerlo.

El dogmatismo y la “resistencia al descubrimiento” por parte de los propios científicos existen y, en ocasiones, han interferido en el progreso de la ciencia. No sólo las revistas especializadas sino incluso la comunidad académica han puesto a veces palos en las ruedas de aportaciones y descubrimientos cuya validez el tiempo ha consagrado.

Pero sería temerario apostar por esta interpretación victimista de la situación, a la que podemos enfrentar una visión alternativa o, como mínimo, complementaria. ¿Cuántos artículos sobre OVNI se habrán presentado que den la talla (con suficiente rigor y contundencia, basados en evidencias convincentes) como para merecer ser publicados en revistas científicas? Por otro lado, ¿cuántos científicos originalmente predispuestos a examinar el asunto no habrán optado finalmente por desentenderse, tras llegar a la conclusión de que los OVNI constituyen un campo de investigación poco prometedor o sin interés científico? En caso contrario, ¿qué política editorial o académica habría podido silenciarlos durante décadas?

En su libro *“The Hynek UFO report”* (1977), Hynek vaticinaba que el respaldo total que dio la *Academia Nacional de Ciencias* norteamericana al Informe Condon “causará tanto pesar a este prestigioso organismo como la caída de meteoritos a la *Academia Francesa de Ciencias*, hace más de un siglo”. El ejemplo del accidentado proceso de asimilación científica de los

meteoritos, que a veces se ha presentado de una manera simplista rozando la caricatura, es uno de los ejemplos favoritos de los ufólogos.

No obstante, hay un ejemplo que resulta mucho más pertinente. El rayo globular es, supuestamente, un raro fenómeno atmosférico en forma de bola luminosa, de muy corta duración, generalmente asociado a condiciones tormentosas. La información sobre el fenómeno procede de testimonios de todo tipo de observadores, desde la Antigüedad hasta nuestros días. En cambio, se sospecha que la gran mayoría de fotografías del fenómeno son falsas o muestran otras cosas. Aún no existe una teoría explicativa satisfactoria (de hecho, quizás haya varios fenómenos distintos) ni ha podido ser reproducido en laboratorio a voluntad para ser estudiado experimentalmente. El tipo de evidencia disponible, testimonios ocasionales de fiabilidad desconocida, y la ausencia de un marco teórico de explicación han hecho que aún haya científicos que duden de su existencia (atribuyendo las observaciones a ilusiones ópticas, confusiones...) o simplemente lo ignoren.

Aunque existen fuertes paralelismos con la problemática de los OVNI, el “fenómeno” del rayo en bola parece, de entrada, más digerible para la ciencia, en tanto que supuesta manifestación natural de características bien acotadas. No han faltado las “interferencias” entre ambas áreas. Observaciones de fenómenos que podrían ser etiquetados como rayos globulares son citadas como ejemplos de avistamientos de OVNI. Informes sobre OVNI de incierto origen han intentado ser explicados como manifestaciones del rayo en bola, un fenómeno no menos incierto, por el momento.

Aún así, es evidente que la comparación con debates como el que rodea al rayo en bola se queda corta. Hemos de mirar en otras direcciones. Janet Oppenheim, en su libro *“The Other World”* (1985), echa una mirada a la controversia generada por el espiritismo y las investigaciones metapsíquicas en la sociedad británica desde mediados del siglo XIX a principios del siglo XX:

“Si la *British Association* y la *Royal Society* no investigaron nunca ningún presunto suceso metapsíquico, no fue porque quisieran mostrar con ello su desaprobación hacia los científicos díscolos sino para no malgastar el tiempo en lo que parecía

básicamente una tarea fútil que no iba a llevar a ningún conocimiento razonablemente cierto.

“Los científicos que aceptaban la manifestación de espíritus o agentes metapsíquicos en general, no negaban directamente los argumentos de sus críticos. Coincidían con ellos en que los fenómenos metapsíquicos eran elusivos e inadecuados para ser estudiados en un laboratorio científico. Lo que negaban era que las características de los fenómenos metapsíquicos los situaran al margen del interés científico legítimo. Rechazaban la pretensión de que sólo lo predecible, lo medible, lo observable o lo tangible debiera captar la atención de la ciencia contemporánea y servir de evidencia válida en la labor de los científicos por comprender el mundo. Tales criterios de evidencia, señalaba [Alfred Russel] Wallace en 1876, deberían impedir que la ciencia investigase los meteoritos, esos fragmentos del cosmos cuya caída no podía ser prevista necesariamente, ni atestiguada directamente, ni reproducida a voluntad en laboratorio por experimentados científicos. Y sin embargo, había científicos que estudiaban los meteoritos ávidamente mientras excluían sin vacilación los fenómenos metapsíquicos de entre los temas de su interés. Dichos científicos, argumentaba [Sir Oliver] Lodge veinticinco años después, intentaban imponer sus propias nociones selectivas de orden y explicabilidad a las fuerzas de la naturaleza. Como resultado, restringían seriamente su capacidad de comprender la naturaleza. Lodge estaba convencido de que si la ciencia del siglo veinte iba a continuar su triunfal historia de descubrimientos, no sería gracias a individuos de visión tan estrecha.”

Fenómenos metapsíquicos, científicos y espíritus... Basta sustituir “fenómenos metapsíquicos” por “OVNIs” y “espíritus” por “extraterrestres” para dotar a estos comentarios de una renovada actualidad.

Más inusual que un ovni...

Mientras se estaba pergeñando la primera versión de estas líneas se produjo un suceso aún más raro que el avistamiento de un OVNI. Se publicó un artículo sobre OVNI en una revista científica especializada: "*Inflation-Theory Implications for Extraterrestrial Visitation*" (J. Deardorff, B. Haisch, B. Maccabee, H.E. Puthoff), *Journal of the British Interplanetary Society*, vol. 58, pp. 43-50, 2005 (consultable en www.ufoskeptic.org/JBIS.pdf). Uno de los autores, el astrónomo Bernard Haisch, aventuraba que esto no sucedía desde que otro de los autores, el físico óptico Bruce Maccabee, publicara un artículo en *Applied Optics*, hace un cuarto de siglo.

El artículo venía a ser un alegato a favor de una reevaluación del fenómeno de los OVNI. Se trataba básicamente de un rescate desde las alturas, tomando la "paradoja de Fermi" como punto de partida. Décadas atrás, el premio Nobel de física Enrico Fermi planteaba: si realmente hay numerosas civilizaciones avanzadas en nuestra galaxia, ¿dónde están?, es decir, ¿por qué no tenemos ninguna prueba de que existan? Los autores del artículo estimaban que los últimos descubrimientos y, sobre todo, las más recientes especulaciones y desarrollos teóricos en el campo de la cosmología, la física, la astronomía y la astrobiología tienden a reforzar la idea de que esas civilizaciones deben de existir (en este universo o bien en algún universo paralelo, si las últimas teorías sobre supercuerdas y branas fueran correctas) e incluso podrían estar visitándonos (si tuvieran alguna base real constructos teóricos como los "agujeros de gusano" o los "tubos de Krasnikov" y, además, pudieran aprovecharse para reducir la duración de los viajes interestelares).

Otras razones esgrimidas para alentar la revisión del asunto de los OVNI eran las incoherencias del informe Condon (que para los autores del artículo no zanjó la cuestión) y el cúmulo de observaciones posteriores a su publicación, así como la existencia de mucha información que por aquel entonces aún no estaba disponible (mencionaban, entre otros muchos ejemplos, los expedientes militares desclasificados en España –en los que sabemos de sobra, por cierto, que no hay ni rastro de extraterrestres–).

Los autores añadían que "suponiendo que al menos algunas observaciones inexplicables pueden ser manifestaciones de inteligencia

extraterrestre, entonces hay otra razón para una reevaluación: el creciente reconocimiento a lo largo de las dos últimas décadas de que una gran parte del comportamiento manifestado puede ser considerado como bastante racional". Enseguida resultaba obvio que en sus argumentaciones no cesaban de poner la carreta delante de los bueyes...

Así, reconocían que aunque observadores y analistas pudieran haber encontrado evidencias suficientemente convincentes en observaciones particulares, localizadas y generalmente breves –aunque nada discretas–, no se han producido manifestaciones de larga duración observadas por gran cantidad de testigos que hayan dejado evidencias capaces de convencer a un gran número de científicos. “Sospechamos que este cauteloso comportamiento podría no ser casual”. Los extraterrestres querrían ahorrarnos el trauma de un contacto abierto prematuro, sugerían. Y acto seguido encontraban más indicios de esa supuesta ética extraterrestre: el hecho de que en las últimas décadas no haya habido rastro alguno de intervención extraterrestre en nuestra historia, ni para bien ni para mal, sería consistente con “la realidad del fenómeno de los OVNI”. Obsérvese cómo los autores acababan dándole la vuelta a la “paradoja de Fermi”, de manera que la inexistencia de pruebas de la visita de extraterrestres les llevaba a sospechar que ya están entre nosotros.

Por lo demás, no dejaba de llamar la atención que los autores publicaran un llamamiento a la comunidad científica para que investigara algunos de los mejores informes sobre OVNI en lugar de presentar directamente su propia investigación científica de algún caso representativo.

Tras leer el artículo nos quedó una duda. ¿Qué era para sus autores una prueba suficiente? ¿Hay dos raseros distintos cuando se trata de OVNI, según el punto de vista adoptado? El artículo daba a entender que hay pruebas suficientes para los investigadores que estudian tales fenómenos, pero que no bastan para convencer a la comunidad científica ni a la sociedad en general. ¿Cuál es ese “sexto sentido” que permite a los científicos ufólogos constatar la autenticidad de un fenómeno no demostrado científicamente? Volvamos a los autores del artículo.

Bernard Haisch no es un ufólogo pero el tema no le es ajeno tras desempeñar la función de editor en jefe del *Journal of Scientific Exploration* (la

publicación de la ya citada SSE –*Society for Scientific Exploration*–) durante la década de los noventa.

James W. Deardorff es un profesor de Ciencias Atmosféricas retirado que otorga credibilidad a las tan famosas como falsas fotografías de platillos volantes del contactado suizo Billy Meier.

El físico Bruce Maccabee, un directivo del *Fund for UFO Research*, ha defendido contra viento y marea la autenticidad de otras espectaculares fotos tomadas en Gulf Breeze (Florida) por un fotógrafo habitual de naves extraterrestres y presunto abducido.

El físico Harold E. Puthoff, director del *Instituto de Estudios Avanzados de Austin*, no ha descollado en el campo de la ufología pero son bien conocidas sus “investigaciones” de personajes dotados de supuestas capacidades paranormales, como el célebre “doblador de cucharas” Uri Geller.

Probablemente, el “sexto sentido” que tienen en común estos autores se llama *credulidad*.

Entretanto, lo que trascendía a los medios era que “científicos norteamericanos afirman que es altamente probable que existan extraterrestres”...

Epílogo

No existe ni existirá la prueba de que los OVNI's no existen. Nunca podrán ser explicados puntualmente, de la A a la Z, todos y cada uno de los informes sobre OVNI's (recordemos lo que ya apuntaba la "Comisión Robertson"). Pero ya sabemos algo trascendental al respecto. Nos dicen que, a veces, los OVNI's se dejan ver por observadores cualificados. Nos dicen que, a veces, se pasean delante de muchos testigos. Nos dicen que, a veces, se dejan observar durante horas. Nos dicen que, a veces, retornan al mismo lugar. Que se dejan fotografiar (y los avances de la tecnología han hecho que cada vez sean más los fotógrafos potenciales). Que se dejan pescar en las pantallas de radar. Que dejan huellas... Pero lo realmente milagroso es que en seis décadas de OVNI's aún no se haya producido una conjunción de circunstancias que brinde una prueba definitiva, incontrovertible, de su existencia como fenómeno nuevo e inexplicable. En definitiva, cabe pensar que o bien no existe tal fenómeno o bien es inaprensible por propia naturaleza. En el segundo caso estaríamos hablando de la intervención de inteligencias no humanas con la capacidad de impedir que se demuestre su presencia. Si así fuera, la ciencia no tendría nada que decir, al igual que no entra en la discusión de la existencia de Dios. Y entre los científicos terrícolas siempre habrá creyentes, agnósticos y ateos.

BIBLIOGRAFÍA:

Condon, E. U. (Dir.) & Gillmor, D. S. (Ed.). (1968). *Scientific study of unidentified flying objects*. New York: Bantam.

(Consultable en: www.ncas.org/condon/)

Sagan, Carl & Page, Thornton (eds.). (1972). *UFOs: A Scientific Debate*. Ithaca: Cornell University Press.

Jacobs, D. M. (1975). *The UFO controversy in America*. Bloomington: Indiana University Press.

Steiger, Brad. (1977). *Proyecto Libro Azul*. Madrid: EDAF.

(Versión original (1976): *Project Blue Book*. New York: Ballantine Books.)

Rossoni, D., Maillot, E. & Déguillaume, E. (2007). *Les OVNI du CNES, trente ans d'études officielles (1977-2007)*. Book-e-book.

(Versión preliminar consultable en:

www.observatoire-zetetique.org/page/doc.php?publication=1&ecritId=37)